

Carta a Sindo Garay

Ramón Fernández Larrea

ESMIRRIADO Y TROVADORESCO ANTONIO GUMERSINDO GARAY GARCÍA:

He de confesarle que tenía razón: «las penas que me maltratan» siguen siendo una pila todavía. Aludes. Burujón puñao. Crecen incesantes. No me matan porque esa función la asumieron otros más alegres y efectivos, pero se multiplican como los paramecios en una lata del patio, engordan, se hacen las bobas, se pintan las uñas y se caen a yitís entre ellas a cualquier hora. El atropello es lento y sutil. Y no de tránsito. Usted lo sabe mejor que nadie, con ese afán de jeringar que siempre tuvo. *La vida es un tormento fiero*. Pero usted colgó el bordón a los 101 años, allá por 1968, y se perdió el resto de la obra. Que tal parece que las mejores emociones se guardaban para los finales. Si ya me agarró la seña, suba la mascota, que por ahí mismo voy, bajito y pegado a la rodilla. Y no lo estoy describiendo a usted, sino que anuncio mis lanzamientos a la goma. Así que despéguese un poco, que no creo en majagua dura.

Desde hace mucho quería decirle cuánto le quiero. Y que es usted un gran paradigma en mi vida. Pero si quiere, lo de grande lo suprimimos. Por eso he repasado mucho su historia. Y he encontrado cada cosa tremenda. Sí señor. Desde aquella mañanita en que fui a rectificar en la cola de los cakes de boda. Yo había tropezado por segunda vez con la misma piedra, es decir, había metido firma de nuevo con el Gótico de la Familia y testigos. Y quería cake, como corresponde a todo recién cansado, por aquello del dulce. Y también por comprobar lo que dura un merengue, aunque esta vez evitaría la puerta de los colegios. Y fui a rectificar mi turno. Porque en la Cuba que usted dejó al garete les entró una manía enfebrecida de rectificarlo todo. Hasta los turnos. Y había que ir muchos amaneceres apacibles y muchas tardes grises, y hasta con nocturnidad y alevosía para que una morena gorda se subiera al mismo banco donde ahora han sentado a ese muchacho músico, John Lennon, y se pusiera a cantar, no que necesitábamos amor, sino los nombres de los que teníamos derecho a panetela. Y había, me parece ahora, como un trauma con las gallinas, que no acababan de acomodar bien los huevos para construir la masa. Pues si usted está allí, seguro que sale cantando conmigo lo de «se agolpan unas a otras y por eso no me matan». Qué molote, compay. La masa del cake se demoraba, pero las masas no. Lástima que no me hizo la media aquella

vez. Yo salí dispuesto a ser diabético, tarareando su canción. Mire lo que puede hacer una tarta en la vida de un hombre, y lo lejos que he venido a comerme la cuña.

En el repaso de su larga y agitada vida descubrí que usted trabajó en los circos. Y también que fue talabartero. Déjeme decirle que, no sé si por imitarlo, o por cariño, o porque ya la papa viene sin pelos, pero los cubanos han hecho de esos oficios pan comido. Y que me perdona Dios por esa triste metáfora cruel. Rectifito páez: los cubanos han hecho un bururú barará de esos dos nobles trabajos. Hasta Willi Chirino lo afirmó con eso de «ahí empezó la cruda realidad/ de todo el que se tira a la maroma». Así las cosas hoysito, maromeros somos y en el mal andamos. La de malabares y payasadas que hay que hacer a diario. Usted no ha visto los números de magia que se realizan con ese bicho feo que se llama langosta. Langosta situación familiar le ha entrado a ese calamar con armadura por la raya de primera, y creo que hay un loco que ordenó agujerear la Isla por debajo, solo para que el crustáceo respire un par de meses. En ese caso vale reformar un pellizco su canción, y cantar *La veda es un tormento fiero*. Lo que se inventa bajo la carpa ya no es de su tiempo. Y no le hablo de las acrobacias con el aceite, ni el trampolín con los huevos. El famoso Vuelo del Pájaro es una bicoca si lo compara con lo que se hace para que el café no se extinga de un golpe de varita. Malabares en su tinta: plato del día.

A usted se le metió en el cuerpo lo de las acrobacias. Y fue también gimnasta, trapeceista y payaso. La de payasos que han surgido hoy, imitando a uno muy bueno que hace llorar y reír, usted no me lo creería. El otro curralo que realizó tiene también seguidores. Muchos. Como las penas. Que a usted, como artista, parece le enriquecieron la talabartería. Trabajar en cuero aclara las ideas. Que no es lo mismo que en el presente con lo de estar casi encuero y trabajar, no señor.

Por si no lo sabía: soy de Bayamo. De después del incendio, cuando se acabaron los fósforos, por más señas. Tal vez por ahí me viene la vena incendiaria, y esa tozudez de que primero meto mano por la llama antes de que me pongan la bota encima. Boto la bota botarate. Por ser de allí le entiendo y me sigo emocionando bajo cualquier nombre que tenga mi noche por el mundo cuando me viene a la sangre lo que le compuso en 1918 a la gentil bayamesa. Se lo digo con conocimiento de causa, pues de muchacho, y con bigote todavía en plan quinquenal, me empeñé en hacer un censo del personal femenino en mi pueblo. Y son duras de pelar cantidad. Es posible que sigan llevando en su alma los «tristes recuerdos de tradiciones», pero por la parte de afuera del alma, eso que uno puede palpar engolosinado en la penumbra del cine Cauto, tienen fuego. Rescoldos. Tizones de la quemazón. Y le doy razón también en lo de «cuando contempla sus verdes llanos/ lágrimas vierte por sus pasiones», con la desolación que hay en esa tierra ahora. Fíjese que hasta el río se ha acobardado. Rueda encogido como si no quisiera molestar. O que no lo noten, porque lo pueden coger para algún experimento desquiciado de esos. Si a uno que yo me sé le da porque el río transcurra heroico, se lleva el pueblo de a viaje, con bayamesas y todo.

Caló usted muy bien a la mujer de mi tierra, cará. Y mire bien que digo «caló» y no «cató». Que para calarla hay que catar. O colarla para calar en la cata. Que allí no hay Catalinas, porque la yuca goza de buena salud. Parece que como su mamá le dormía cantando la otra bayamesa, usted dejó un día la maromería y se fue al balcón de Luz Vásquez, a masticar el aire de Céspedes, Castillo y Fornaris. Y de aquellos hipnotismos maternos le nació, una mañana de resaca, frente a un muro ennegrecido de la casa de Eleucipio Rodríguez, su eterna canción. Y menos mal que fue usted a quien se le montó el santo patriótico y el potaje de prócer, que me apuesto cuatro Guarinas que si es Nico Saquito, le mete mano al nombre de su amigo. Llamándose Eleucipio no se sale mucho de Bayamo, digo yo. Rima con municipio, y para la canción protesta viene que ni pintado un emancipio.

Pero no, alma noble, dentro le caminaba el fantasma de Pepe Sánchez, y la trova gentil, y las serenatas lúcidas de Santiago, y el agua de la bahía que afirman cruzó para llevar mensajes mambises, y el lenguaje de alas, raudos vientos, dulces acentos, nidos de amores. Si hasta lo soltó usted en el himno alemán que le inspiró escuchar a Wagner —que no era el de la Wagner Brothers— diciendo su filosofía de «sin más fe que tan solo morir/ el desprecio tan solo me encanta/ tal cual yo, que he venido a sufrir». Y se metió 101 años sufriendo líricamente. Y confesó unos meses antes de su último acorde: «Aún sigo luchando con la muerte, soy un atrevido del diablo». Qué jodedor, compay. Mirando tanto tiempo la vida atravesado, que hasta vino a morir un miércoles. No me venga a decir ahora que no eran ganas de jorobar la pita.

Incluso un turista francés llamado Carpentier se puso medio Ry Cooder cuando lo vio en la Bodeguita del Medio con ochenta tacos, manejando el mástil de la guitarra como un grumete que ha chocado con la pacotilla del puerto. No me va a trocar el emepine a esta altura diciendo que eran buenas intenciones, que los chiquiticos nos conocemos bien. Si hasta los hijos llevaban la broma en la cara y en los nombres. No se le ocurrió bautizarlos, como a los falta de imaginación de ahora, que le suenan a un pichón de haitiano el patronímico de Vicyohandri, Odelmis, Ifreidi o Roberquis, nombres de raticidas. Usted tiró pal siboney de a cuajo con Guarina y Guarionex. Ganas de incordiar, como con la guitarra, que sin saber un chopo de música, complicó el juego de tal manera que los mejores intérpretes se tienen que retorcer como arañas para llegarle a los trastes en las notas raras que el aguardiente le provocó. Miren a Sindo, Caray.

¿Y lo de autoalfabetizarse, qué me dice? Es digno de un espíritu burlón y revigió aprender a leer copiando los carteles de los comercios. No sé cómo le hubiera hecho en este momento. Tal vez aprendiera los rudimentos, pero se le hubiera cortado la leche de la imaginación con tanta tontería en las vallas. De un país vallado es normal que uno se vaya; no aguanta muchos mocos un solo guanajo.

Dígame usted si no eran deseos de jeringar lo que dicen de sus notas raras, las musicales. Se afirma que vivía enamorado de un acorde: «novena menor de dominante». En mi podrida y peligrosa imaginación, llevando el desacorde

a la realidad de Cubita, esa «novena menor de dominante» me suena a equipo Cuba de pelota, donde el mayoral mandón pone sus ilusiones, sus antojos y dice que hasta la vergüenza colectiva. Bah. Que si hablamos de notas discordantes, en su lirismo trascendente anda también la *Yuca y ñame* que cantó junto a Rita en el París de 1928, tema en que parece que imitó un poco a Tarzán: «Por eso yo dice así:/ aquel que con luquisamba/ cutimba con sambalemba./ El que come yuca y ñame/ lambia lasimba quimbamba». Claro que era Francia y había que hacerse el cubano para vender. No deja de ser casi una predicción de las maromas de hoy día, bajo la carpa que le contaba. Yuca y ñame. Qué tiempos aquellos, compay. Si hasta el tasajo olía a barracón.

Me voy ahora entonando el reclamo que bien pudiera usar en un futuro una óptica cubana. O la misma Liga contra la Ceguera: «La luz que en tus ojos arde...». Pero me faltaba el dato de que su inmortal *Mujer bayamesa* la hizo de un tirón aquella mañana del 18 sobre un papel cartucho. Menos mal que la pudo hacer. En estos tiempos se le hubiera ido la musa esperando por el puñetero cartuchito. Y no habría hecho el papel que hizo.

«Por eso yo tá caliente/ y me va con la negra».

RAMÓN



El hombre siniestro

Prohías